

A PROPÓSITO DE UN MENSAJE ENCRIPTADO DE JULIO CÉSAR
EN LA GUERRA DE LAS GALIAS.

JOSÉ LUIS PELLICER MOR
DOCTOR EN HISTORIA [SECCIÓN: HISTORIA ANTIGUA]
dickens1812portsmouth@gmail.com

Resumen

El sometimiento de las Galias al poder de las armas romanas encontró un duro escollo en el territorio de la llamada *Gallia Belgica*, en ocasión de la rebelión del año 54 a.C. En aquella zona, remota y poco conocida, tuvo lugar un curioso incidente: un campamento romano bajo el mando del legado Quinto T. Cicerón, el hermano menor del célebre orador, quedó aislado y rodeado por fuerzas muy superiores de tribus galas, entre ellas las de los aguerridos nervios y eburones. César, al conocer la situación desesperada de su lugarteniente le hizo llegar un mensaje encriptado utilizando el alfabeto griego para transcribir el texto original en latín. Este artículo se propone analizar si fue prudente por su parte hacer uso de esa transliteración como único elemento de codificación, teniendo en cuenta que en sus propios *Commentarii* César no deja de mencionar cierto conocimiento del griego que podían tener, entre los galos, las personas más instruidas.

Palabras clave

Galias, Julio César, Q. Cicerón, mensaje, griego, criptografía

Esta es la historia de un mensaje. Y uno, podríamos decir, bastante peculiar. Su autor fue Julio César y procede de la época en la que estaba fraguando su propio mito con la conquista de las Galias. La carta en cuestión debía hacer llegar cierta esperanza de ayuda a una guarnición romana fuertemente asediada y con grandes probabilidades de ser aniquilada en breve. Por otra parte, baste decir por ahora que vamos a tratar del que ha sido considerado como «*el único ejemplo de sistema criptográfico datado durante el período republicano romano*» (Sheldon, 2005, pág. 126). Dicho esto, no estaría de más que comenzáramos por el principio, exponiendo con detalle las circunstancias que llevaron a César a enviar tan críptica misiva.

La historia del mensaje en contexto: Julio César en la *Gallia Belgica*

El episodio que vamos a comentar se sitúa en el año 54 a.C., durante el quinto año de la conquista romana de las Galias. César había ido superando los increíbles problemas de logística que un proyecto como ese conllevaba con esa mezcla tan suya de determinación y fortuna. Desde el punto de vista romano, podría decirse, sin alejarnos mucho de la realidad, que las cosas iban por buen camino: incluso un lugar tan alejado como la *Gallia Belgica* parecía haber sido pacificada sin demasiadas complicaciones unos tres años antes, lo que había dado lugar a una ceremonia de acción de gracias (*supplicatio*) decretada por el Senado en Roma con una duración extraordinaria de quince días ante tan espectaculares logros casi en las fronteras del mundo conocido (César, *G. Gal.*, II, 35,4). Y la verdad es que no era para menos. De las tres partes que César distingue respecto a las Galias en el célebre comienzo de sus *Commentarii*, la de los belgas era la que destacaba como más difícil de someter «*porque son los más apartados del refinamiento y de la civilización de la Provincia*» (*G. Gal.*, I, 3). Y de entre las tribus que allí habitaban incluso la tribu de los nervios² había sido derrotada por las armas romanas en las riberas del río Sabis (actual Sambre) en el 57 a.C., si bien

¹ Se refiere obviamente a la Narbonense.

² Estrabón los describe como «*pueblo germánico*» (Estrabón, *Geografía*, IV, 4)

el propio César había presentado a ese pueblo casi con tintes de enemigo irreductible (lo que engrandecía en consonancia su propia victoria), ya que:

los mercaderes no tenían acceso ninguno a ellos; que no toleraban la importación de vino ni de las demás cosas que sirven para una vida muelle, persuadidos de que con estas mercancías languidecían los ánimos y menguaba el valor; que eran hombres fieros y de gran valor y afrentaban y acusaban a los demás belgas por haberse sometido al pueblo romano olvidando la valentía de sus mayores (*G. Gal.*, II,15, 4-5).

El hecho de que César ordenara establecer campamentos de invierno (*castra hiberna*) al retirarse de la zona podía muy bien responder a una falta de confianza real en los pactos alcanzados con las derrotadas tribus belgas, así como a los problemas de abastecimiento de trigo. Sin embargo, por lo que sabemos, esa presencia continua de las tropas romanas en aquellos territorios sería uno de los elementos mayores de fricción que contribuiría finalmente al estallido de una nueva revuelta. Uno de estos campamentos estables, probablemente levantado en las inmediaciones de la actual Charleroi³, junto al río Sabis, correspondió al legado Quinto Tulio Cicerón⁴ con una legión como guarnición. Acerca



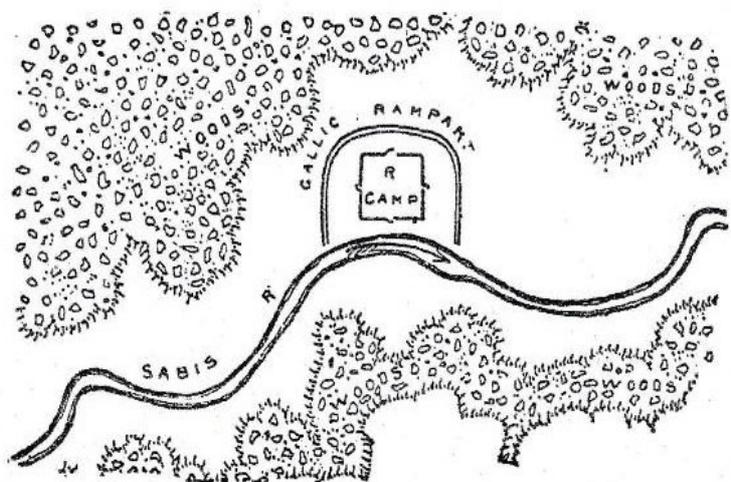
Localización hipotética de los campamentos romanos en la Gallia Belgica (Dodge, *Caesar* 1900, pág. 191).

³ Para una localización del campamento de Quinto Cicerón cerca de Charleroi ver Dodge (1900, pág. 191, mapa) y Froude (1898, pág. 342).

⁴ En ese período de finales de la República, el cargo de legado era excepcional y aunque ejercía las mismas funciones de un tribuno militar como oficial al mando de una legión, su elección dependía del cónsul o jefe del ejército. Respecto a Q. T. Cicerón ya hemos mencionado anteriormente que era hermano menor del célebre orador romano, habiendo participado junto a César en la segunda incursión de éste a *Britannia* poco tiempo antes de ser designado como jefe de uno de los *castra hiberna* en la G. Belgica.

de esa localización, podría decirse coloquialmente que había sido enviado al lugar equivocado en el momento equivocado. Ambiórrix, líder del belicoso pueblo de los eburones, a pesar de haber aceptado colaborar en el suministro de cereales a los campamentos romanos en la zona, pronto se mostró como un formidable enemigo, asaltando con considerables fuerzas el campamento de los legados romanos Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cota, presumiblemente situado cerca de la plaza fuerte de Atuatuca⁵. En las negociaciones que se desarrollaron para permitir a los romanos abandonar el territorio si deponían las armas, fueron muertos ambos legados, al tiempo que muchos de sus centuriones y soldados de tropa que habían salido del campamento de invierno. Los supervivientes apenas pudieron discernir lo andado y tomar refugio tras el vallado protector, si bien, tras resistir los sucesivos asaltos de los eburones y no considerando posible recibir ayuda alguna de las demás guarniciones romanas se dieron muerte antes de caer en manos del enemigo (*G. Gal.*, V, 37,6).

Inmediatamente después, Ambiórrix persuadió (sin demasiada resistencia por su parte) a los aguerridos nervios a que unieran sus fuerzas en un levantamiento general contra la presencia romana en la zona⁶. El nuevo objetivo señalado por el líder belga no sería otro que el campamento de Cicerón, situado presumiblemente un poco más al



Dibujo del campamento de Q. Cicerón junto al río Sabis (Sambre), con el vallado de circunvalación exterior levantado por las tribus belgas (Dodge, Caesar , 1900, pág. 198).

⁵ Capital de los eburones, de localización incierta, quizás entre el Escalda y el Mosa. Posteriormente el nombre sería llevado por otro asentamiento conocido como *Atuatuca tungrorum* (actual Tongeren, cerca de Lieja, provincia de Limburgo).

⁶ Como ha señalado A. Goldsworthy ésta era una práctica habitual en la Guerra de las Galias: «Al comienzo de una revuelta, todo éxito de los rebeldes animaba a otros a unirse a ellos. Los nervios sólo se levantaron en el 54 a.C. después de que los eburones hubieran atacado y derrotado a Sabino y Cota». Goldsworthy, 2007, pág. 89).

sur del de los malogrados legados Sabino y Cota⁷. La sorpresa fue absoluta. Los soldados que cortaban leña fuera del vallado del campamento apenas tuvieron tiempo de huir ante la llegada del enemigo. El asalto fue inmediato y violento, pero no lo fue menos la resistencia en la empalizada, quizá por la fuerza que otorga la desesperación. Contenido el primer ataque, el asedio se prolongó durante semanas, lo que permitió levantar nuevas torres defensivas y fortificar los puntos débiles de la estructura, bajo la eficaz dirección del legado que no descansó en ningún momento y se dejó ver en todas partes⁸, incluso despreciando precavidamente una oferta de Ambiórrix de dejarles partir sin hostilidades (y eso que desconocía lo ocurrido con Sabino y Cota)⁹. Ante la prolongación del asedio, las tribus belgas no dejaron de sorprender a los romanos al construir una vallado exterior de circunvalación de tres metros de altura y “15000 pies¹⁰” de longitud con su correspondiente *fossa* al tiempo que preparaban torres de asalto, todo ello aprendido del arte de asedio de los propios romanos por medio de los prisioneros que habían capturado (*G. Gal.*, V, 42,1-5). Esta infraestructura fue levantada en apenas tres días, lo que indica claramente que el campamento romano estaba asediado por fuerzas considerables. El lanzamiento de bolas de fuego y dardos encendidos contribuyó, sin duda, a sembrar el caos en el interior, a pesar de lo cual los hombres de Q. Cicerón resistieron. La descripción que hace César en sus *Commentarii* agota casi los adjetivos sobre la disciplina y heroicidad del propio legado y de sus sufridos legionarios, cuando afirma que ninguno se apartaba del vallado (donde el

⁷ Ninguno de los campamentos de invierno fortificados por los romanos en el área han sido hallados hasta hoy en día.

⁸ Fue en la descripción del asedio del campamento de Q. Cicerón, cuando César introdujo el conocido relato acerca de los actos de coraje de dos centuriones, T. Pulón y L. Voreno que competían entre sí con gran desprecio del peligro (*G. Gal.*, V, 44, 1-14).

⁹ La lectura de esta oferta rechazada por el legado al mando nos ha recordado, salvando naturalmente las distancias, la narración que el teniente Martín hizo de la defensa del sitio de Baler (Filipinas) en 1898, en asedio constante tras la capitulación y abandono del archipiélago por parte de España. Los ofrecimientos (al parecer, sinceros podemos decir hoy) del enemigo de dejarles partir sin daño, no fueron atendidos durante los once meses que duró el asedio. «Podíamos resistir y resistimos» consignó este oficial en sus memorias (Martín, 1946, pág. 112). En el caso de Q. Cicerón, a juzgar por lo que sabemos, no parece tan claro que Ambiórrix hubiera respetado sus vidas.

¹⁰ El texto establece la medida en pies romano: «*Milium pedum XV in circuitu munitionem perfecerunt*». (*G. Gal.*, V, 42, 4). Teniendo en cuenta que un pie romano equivale a 0,296 mts. la longitud del vallado exterior sería de 4.440 metros.

enemigo presionaba) ni siquiera al ver cómo ardían dentro del campamento sus bienes personales (*G. Gal.*, V, 43, 4). Y no es que no tuvieran realmente motivos para el desánimo ya que los mensajeros que Cicerón había enviado a César para darle cuenta de la situación extrema en la que se encontraban tenían pocas posibilidades de cumplir su arriesgada misión:

Cuanto más se agravaba cada día la dureza del asedio, sobre todo porque, heridos, gran parte de los soldados, la guarnición había quedado reducida a un cierto número de defensores, tanto mayor era la frecuencia con que se enviaban a César cartas y mensajeros, algunos de los cuales eran capturados y recibían una muerte cruel a la vista de nuestros soldados (*G. Gal.*, V, 45, 1).

El azar, sin embargo, actuó en beneficio de los asediados. Había en el campamento un noble de los nervios que desde el principio del levantamiento había mostrado una inmovible lealtad hacia Q. Cicerón y que ante el giro de los acontecimientos no dudó en encargar a uno de sus servidores que atravesara las líneas enemigas sin llamar la atención para llevar un mensaje a César, misión que cumplió eficazmente llevando la misiva atada, de manera disimulada, a un dardo: «*y como galo pasa por entre los galos sin que nadie entre en sospechas y llega hasta César*» (*G. Gal.*, V, 45, 4). Nada más conocer la delicada situación en la que se encontraban Cicerón y sus hombres, César tomó rápidas decisiones, siguiendo su principio de actuar con celeridad, en este caso tanto para evitar la caída de la guarnición como para cortar de raíz la rebelión¹¹. Despachó en primer lugar mensajeros al cuestor M. Craso, al mando de una legión en tierra de los belovacos, distante unos 25000 pasos, para que quedara de guarnición en *Samarobriva*¹² (con la importante misión de vigilar toda la impedimenta, el trigo y los rehenes de las tribus que había suscrito pactos con César) e igualmente al legado C. Fabio para que se uniera a él con su legión por el camino (en el territorio de los atrébatas)¹³ mientras ordenaba al también legado T. Labieno — cuyo campamento

¹¹ Sin embargo, al actuar tan rápidamente, César se alejaba de sus suministros y se adentraba en territorio hostil con las fuerzas que pudiera reunir apresuradamente, pero consideraba esa opción mejor que la de esperar a que los rebeldes se hicieran más fuertes (Goldsworthy, 2007, pág. 89, y Grenier, 1970, pág. 375).

¹² *Samarovriba Ambianorum*, actual Amiens. César la utilizó como base en su campaña contra los belgas.

¹³ Los atrébatas eran vecinos, por el oeste, de los nervios, siendo su capital el asentamiento de *Nemetacum* (la actual Arrás).

estaba al sur del de Q. Cicerón— que avanzara con sus hombres hacia los nervios para disminuir la presión sobre los asediados. Desafortunadamente esta última instrucción no podrá ser cumplida al estar el campamento de Labieno bloqueado por el enemigo, lo que hacía imprudente cualquier intento de salida. Debiendo conformarse con dos legiones y no con tres como había planeado, César asume el papel que había asignado a Labieno avanzando hacia los nervios a marchas forzadas, al tiempo que recibía informes más detallados de la situación por medio de prisioneros belgas (*G. Gal.*, V, 48, 1-2).

El mensaje "cifrado" de César: «*Epistolam graecis conscriptam litteris mittit*».

Tomadas estas disposiciones, César se decidió a enviar un mensaje a Quinto Cicerón para anunciarle que ya estaba en camino el auxilio y que no desesperara. Haciendo gala de una prudencia muy necesaria en esas circunstancias, la carta fue confiada a un jinete galo que tendría más opciones de pasar desapercibido en cualquier eventualidad que se produjera en la misión. En este punto entramos directamente en el asunto objeto de nuestra indagación y, por ello, no es impropio que recojamos *in extenso* el fragmento escrito por César al respecto:

Envía ésta escrita con letras griegas para que no sean conocidos nuestros planes por los enemigos, interceptada la carta. Le advierte que arroje un dardo¹⁴ con la carta atada a una correa dentro de la fortificación del campamento si no puede entrar. Escribe en la carta que él, habiendo salido con las legiones, llegará rápidamente; le exhorta a que mantenga el valor antiguo. El galo, temiendo el peligro, envía el dardo, como había sido ordenado. Éste se adhirió por casualidad a una torre, y no advertido por los nuestros en dos días, al tercer día es visto por cierto soldado; arrancado, es llevado a Cicerón. Él vuelve a leer en la reunión de los soldados la carta ya leída y una alegría grandísima afecta a todos (*G. Gal.*, V, 48, 4-9).

Sobre este pasaje son varios los puntos que nos proponemos comentar.

La intención de César. Si la carta fue enviada cuando César ya se encontraba en los límites entre el territorio de los atrébatas y los nervios —donde había ordenado a su legado C. Fabio que se reuniera con él— aún podría tardar unos tres días como mínimo

¹⁴ El término “dardo” aquí no se refiere a una flecha (como se entendería coloquialmente), sino a un arma arrojada. Correspondería a la traducción del término latino usado por César “*tragula*”, una especie de venablo o jabalina corta propia de galos e hispanos. En la definición de la RAE para “dardo” leemos: «arma arrojada, semejante a una lanza pequeña y delgada que se tira con la mano». <https://dle.rae.es/dardo>

en llegar a las inmediaciones del campamento de Q. Cicerón. Era necesario mantener como fuera el espíritu de los asediados para que resistieran mientras César se aproximaba a la máxima velocidad posible. Recordemos a este respecto la drástica decisión tomada por los soldados romanos supervivientes de la masacre cerca de Atuatuca (donde cayeron los legados Sabino y Cota), al no ver salida posible y rodeados por una enorme fuerza enemiga (*G. Gal.*, V, 37, 6). Aunque no disponemos del texto del mensaje, César (como queda patente en el fragmento acabado de reproducir) insistía principalmente en que no se dejaran arrastrar por el desánimo puesto que la ayuda estaba en marcha¹⁵. A este respecto, el historiador Dión Casio, al tratar de este episodio se preocupó de detallar el objetivo inmediato de César: *«por temor a que Cicerón, desechada cualquier esperanza de ayuda, se adelantara e incurriese en percances de consecuencias graves e incluso capitulase, envió por delante a un jinete»* (*Historia*, XL, 9, 2). El inmenso alivio que debieron sentir los soldados en la guarnición asediada se vería al poco tiempo acompañado por la visión de columnas de humo a lo lejos, tomadas acertadamente como indicio del acercamiento de las legiones con César a la cabeza. Además, el efecto de la acción táctica de César fue el esperado: al cerciorarse los galos de la llegada de un ejército romano, abandonaron el asedio y se dirigieron contra él para no quedar bloqueados entre el enemigo y su propio vallado de circunvalación (*G. Gal.*, V, 49, 1).

El mensajero y el cumplimiento de su misión. Un jinete galo despertaría pocas sospechas entre la densa multitud de las tropas de asedio, además del hecho de que utilizar un dardo como vehículo para hacer llegar la misiva podría decirse, sin faltar a la verdad, que era un método de reconocida eficacia: *«La transmisión directa de mensajes para distancias relativamente cortas podía ser efectuada por el uso de armas arrojadas, tales como jabalinas, hondas, arcos y flechas y catapultas»* (Leighton, 1969, pág. 142). De hecho, existen no pocos precedentes recogidos por las fuentes

¹⁵ El autor del siglo II d.C. Polieno, en su repertorio de ardidés en el mundo antiguo, recogió este episodio y nos proporciona un contenido para la nota o carta, afirmando que incluía las siguientes palabras: *«César a Cicerón: ánimo, espera ayuda»* (Polieno, *Estratagemas*, VIII, 6). Sin embargo, ni parece el estilo de César, ni coincide con el breve resumen que el autor de los *Commentarii* consignó y que, como hemos podido leer antes, hacía mención a que Q. Cicerón recordara el valor antiguo (*«pristinam virtutem»*).

clásicas, para el mundo griego principalmente, por medio de saetas¹⁶. Sin embargo, no hemos encontrado ejemplos de mensajes unidos a jabalinas o venablos ligeros, a excepción del caso de la carta de Q. Cicerón a César por medio del sirviente nervio¹⁷. Como hemos visto antes, el mensajero de César no arrojaría el mensaje por medio de una flecha sino atado al cuerpo de su jabalina o *tragula*, arma que debía ser lanzada al interior en caso de no poder acceder por algún sistema al propio campamento (algo bastante improbable de conseguir dadas las circunstancias del asedio). Al no utilizar un arco, con su mayor capacidad de alcance¹⁸, el mensajero debió de acercarse mucho a la guarnición asediada para cumplir su misión, quizá simulando participar en uno de los asaltos al vallado del campamento. Esto no sería difícil de conseguir. De nuevo acudimos a Dión Casio cuando recoge que César había enviado a un jinete «*que hablaba la lengua de los enemigos y al que envió ataviado a la usanza de aquellos*» (Historia, XL, 9, 3). De haberlo hecho aprovechando la noche hubiera sido más difícil explicar su acción en caso de ser observado. De todos modos, no parece haber sido un método habitual o previamente pactado entre César y sus oficiales (Leighton, 1969 pág. 142), ya que los hombres de Cicerón no se percataron hasta pasados tres días que la jabalina clavada a una de las torres del campamento pudiera ser vehículo para recibir un

¹⁶ Mencionamos en esta nota a pie de página algunos casos notorios consignados en las fuentes: En la *Historia* de Heródoto hallamos un buen ejemplo cuando el historiador griego trata del asedio de Potidea por Artabazo. Él y Timóxeno, uno de los generales que teóricamente había acudido en apoyo de la ciudad desde Escione, llegaron al acuerdo de comunicarse por medio de flechas que llevaban el mensaje disimulado en las muescas donde iban encajadas las plumas (*Historia*, VIII, 128,1). Heródoto nos aclara que la saeta era lanzada en un lugar convenido con lo que el sistema no despertaba sospecha y funcionaba a la perfección. Si finalmente fue descubierto el sistema fue por la mala puntería del arquero que en una ocasión falló el tiro y acertó involuntariamente a uno de los soldados asediados. Otra referencia la encontramos en Plutarco, en su vida del ateniense Cimón cuando narra el asedio de Faselis y afirma que los de Quíos disparaban desde sus naves flechas con mensajes a fin de comunicarse con los asediados (*Cimón*, 12, 4). Y de nuevo Polieno, con sus innumerables referencias a aspectos de la guerra en la antigüedad, incluye una mención digna de citar al establecer cómo el rey lacedemonio Cleónimo en el asedio de Trecén a comienzos del siglo III a.C. ordenó disparar dardos hacia el interior del casco urbano con el mensaje: «*he venido a liberar la ciudad*». (*Estratagemas*, I, 29). Estas referencias nos indican que este sistema de enviar información por medio de flechas era algo ya conocido y empleado con eficacia en el mundo antiguo.

¹⁷ En este caso el mensaje iría unido o ligado al cuerpo de una jabalina o “dardo”. La expresión utilizada es «*in iaculo*» (*G. Gal.*, V, 45, 4).

¹⁸ El estudio de Wallace McLeod al respecto establece que, para un tiro preciso, podría alcanzarse con un arco en el mundo antiguo, la distancia de 50 o 60 metros, aunque su alcance efectivo podría ser mucho más grande dependiendo de la pericia del arquero, quizá los 160 metros o incluso más (MacLeod, 1965, pág. 8). Una jabalina podía tener un alcance efectivo, al ser arrojada, de unos 15 metros aproximadamente (Cagniars, 2007, pág. 89).

mensaje. El azar hizo que se descubriera el ardid casualmente y que el aviso llegara a destino. César era muy consciente de la necesidad de contar con *Fortuna*, esa divinidad tan caprichosa, adversa unas veces, favorable otras, especialmente (aunque no sólo) en las cuestiones de la guerra: «*quantum in bello Fortuna possit*» (*G. Gal.*, VI, 35, 2).

El empleo del griego en el mensaje. Llegamos por fin a la cuestión “estrella” en este fragmento: la del empleo del griego en el mensaje como sistema de encriptación, un método ingenioso claramente dispuesto con el fin de evitar que fuera entendido el contenido del mismo en caso de que el mensajero cayera en poder del enemigo. A este respecto son varios los aspectos que deberíamos intentar clarificar. El empleo de la expresión «*epistolam graecis conscriptam litteris mittit*» nos conduce a la idea de que sólo se utilizó el griego como transliteración. T. Rice Holmes en su exhaustiva edición comentada de la obra de César ya estableció hace más de un siglo que no cabía duda al respecto: la carta, portadora de grandes esperanzas para una guarnición desesperada, estaría en latín, pero iría “codificada” utilizando las letras griegas (Rice Holmes, 1914, pág. 219)¹⁹. Y no por desconocimiento de la composición en griego, puesto que César, como la mayoría de la élite romana había sido educado en el conocimiento de esa lengua²⁰. Teóricamente, todo romano cultivado debería poder desenvolverse sin problemas en los dos idiomas, griego y latín, «*utriusque linguae, según la expresión consagrada con posterioridad por Horacio*²¹» (Marrou, 1985[1971], pág. 330). Gracias al conocimiento del griego uno podía mostrar su educación esmerada y tratar con soltura de temas filosóficos, pero, acercando este argumento al tema de nuestro artículo,

¹⁹ En relación a esto, Dion Casio afirma que el mensaje estaba escrito en griego: «*Y para que ni siquiera éste hablase voluntariamente o sin quererlo, no le dio mensaje verbal alguno, sino que hizo llegar a Cicerón en lengua griega cuanto deseaba*» (*Historia*, XL, 9, 3). Sin embargo, hemos de tener en cuenta que Dió Casio compuso su obra unos dos siglos después de la época de César, entre los siglos II y III de nuestra Era.

²⁰ Ya desde muy joven había conocido en su propia casa a Marco Antonio Gnifo, el distinguido maestro de retórica griega y romana, mientras que con apenas 25 años de edad visitó Rodas donde estudió bajo el no menos famoso Apolonio, si bien su estancia en Rodas debió ser más reducida de lo planeado por el célebre episodio de su captura por piratas cuando se dirigía hacia la isla.

²¹ La referencia a Horacio tiene que ver con una de sus Odas dirigida a Mecenas: «*Todo esto te preguntas extrañado tú, que eres ducho en las letras de una y otra lengua*» (Odas, III, 8, 5). Esto no significaba que hubiera un bilingüismo generalizado, ya que la educación a este nivel estaba restringida a un sector de la sociedad romana muy reducido (Kenyon, 1932, pág. 78).

también proporcionaba de algún modo la posibilidad de “comunicarse secretamente”, utilizando una especie de discurso críptico sólo accesible a aquellos que conocían la lengua griega (Wardman, 1976, pág. 48). Es obvio que Quinto Cicerón pudo leer sin problemas el mensaje, incluso en el improbable caso en que estuviera en griego y no solamente transliterado con letras griegas. En principio, la idea es perfectamente lógica: utilizar otro idioma o escritura distintos del propio en territorio enemigo para dificultar el entendimiento de mensajes entre mandos del mismo ejército, casi una constante en la larga historia de las guerras de la humanidad²² .

Pero...¿era seguro enviar un mensaje codificado con el alfabeto griego en las Galias? En otras palabras, ¿qué podríamos esperar de la élite instruida en las Galias en cuanto a la comprensión del griego? Para responder a esta cuestión no podemos dejar de lado un hecho importante como fue el de la colonización griega en el Mediterráneo occidental en un tiempo muy anterior. Es un hecho bien conocido que tras la fundación de *Massalia* (Marsella) por los foceos hacia el 600 a.C. la aparición de cerámica griega en el área iría exponencialmente en aumento y, aunque es cierto que los hallazgos de importaciones griegas disminuyen a medida que nos internamos tierra adentro, éstos siguen apareciendo, como prueba fehaciente de una relación comercial a partir del siglo VI a.C. (Boardman, 1983[1975]), págs. 217-218). Por otra parte, el comercio siempre ha sido una vía para el intercambio cultural no solo desde el punto de vista material sino también desde el intelectual. A este respecto, es un hecho conocido que el alfabeto griego era utilizado ocasionalmente entre los pueblos galos y no sólo en las cercanías de la zona colonizada por los griegos: «*Desde finales de los siglos III a I , a.C. es también en el resto de la Galia meridional donde se ven florecer los graffiti en alfabeto griego*

²² A este respecto, no nos resistimos a mencionar —aunque perteneciente a una época y a un contexto de naturaleza radicalmente diferente— el éxito obtenido por los norteamericanos en el teatro de operaciones del Pacífico durante la II Guerra mundial al constituir una unidad de comunicaciones por radio integrada por indios navajos. Los japoneses nunca fueron capaces de descifrar el “código” en el que se enviaban los mensajes. Ese código “indescifrable” era el dialecto navajo.

sobre cerámica» (Bats, 2004, pág. 8)²³. También se han producido notables hallazgos en monedas, en las que aparecen nombres galos en caracteres griegos, así como en una serie de inscripciones de carácter votivo principalmente en el *Midi* francés (Grenier, 1970, pág. 225 y 268). E incluso sobre armas. Stuart Piggott en su estudio sobre los druidas cita a modo de ejemplo una espada céltica de hierro del siglo I a.C. procedente de Suiza que contiene un nombre en caracteres griegos inscrito sobre la hoja (Piggott, 1974, pág. 36)²⁴. Este caso en particular tiene un gran interés ya que sitúa el uso del griego en el área tradicionalmente relacionada con los helvecios, un pueblo contra el que se enfrentó César tal y como narra en el Libro I de sus *Commentarii*; acerca de ellos, tras haberlos derrotado, menciona que unas

tablas escritas con letras griegas fueron encontradas en el campamento de los helvecios y llevadas a César; contenían estas tablas la relación nominal de todos aquellos que habían salido de la patria en estado de manejar armas y, en lista separada, los niños, los ancianos y las mujeres. La suma total de personas era: de los helvecios 263000, de los tulingos, 36000, de los latobicos, 14000, de los rauracos, 23000, de los boyos, 32000 (*G. Gal.*, I, 29,1-2).

En este fragmento hemos comprobado que utiliza la misma expresión «*graecis litteris*» que ya citamos anteriormente en relación a su propio mensaje de auxilio. Debemos asumir, por tanto, que los helvecios, como otros pueblos galos, podían utilizar el alfabeto griego con una finalidad práctica, es decir para sus propias necesidades administrativas, posiblemente para transcribir su propia lengua carente de escritura conocida. Y no es la única ocasión en la que utiliza la mencionada expresión. La volvemos a encontrar en uno de los estudios etnográficos que incluye César en su obra, concretamente el referido al papel de los druidas. Así, al consignar la importancia de la tradición oral entre los galos, no deja de mencionar, sin embargo, que «*usan de las letras griegas en casi todas las restantes cosas, en los asuntos públicos y privados*» (*G. Gal.*, VI, 14, 3). Y es esta doble cita acerca del conocimiento o uso de las letras griegas por parte de los más

²³ Para esta zona se han contabilizado 316 *graffiti* en 35 yacimientos (Bats, 2004, pág. 9), lo que es indicativo de una considerable extensión de la grafía griega. Bats también menciona en su detallado estudio el “galo-griego” como un tipo de escritura particular para referirse a la transcripción de la lengua gala usando caracteres griegos y claramente diferenciada por sus peculiaridades del griego transcribiendo la lengua griega (Bats, 2004, pág. 16).

²⁴ Se trata de la llamada “espada de Korisios”. Mientras Piggott asume que se trata de un nombre celta transcrito en griego, la terminación del mismo lo acredita como un nombre griego (Livens, 1972, pág. 56).

instruidos entre los galos (v.g., los druidas) la que nos lleva prácticamente a una “*contradictio in terminis*”. La cuestión paradójica que se nos plantea es la siguiente: Si César era consciente de que las gentes más educadas de las tribus galas eran capaces de leer un mensaje escrito con letras griegas ¿por qué utilizó ese método que en nada garantizaba la seguridad del mensaje si caía en manos del enemigo? Y si podían leer las letras griegas, mucho más lo escrito debajo en latín de ese modo tan sencillo (Rice Holmes, 1911, pág. 730).

Algunas ideas sobre el caso del mensaje encriptado de César

La cuestión es difícil y no está resuelta hoy en día, pero introduciéndonos en *terra incognita* nos atrevemos a sugerir tres ideas a modo de hipótesis, cuyos ‘pros’ y ‘contras’ nos permitan situar la cuestión en perspectiva y, al menos, ver los “árboles dentro del bosque”, y uno bastante intrincado, por cierto.

Primera hipótesis: el riesgo calculado basado en el escaso refinamiento de las tribus septentrionales. El envío de la carta de César a Q. Cicerón tuvo lugar en una zona muy al norte y poco acostumbrada al intercambio comercial con otros pueblos galos más meridionales. Recordemos la mención que hemos hecho al comienzo de este artículo acerca del carácter apartado del “refinamiento de la civilización” de las tribus belgas en general y de los nervios en particular hasta el punto de que evitaban el contacto con mercaderes en su territorio (*G. Gal.*, I, 3; II, 15, 4-5). Ese “aislamiento” respecto a otras tribus galas, que habían tenido un trato más directo con otros pueblos a través del comercio, los alejaría del conocimiento de otras lenguas que, como el griego, habían extendido su área de influencia en zonas del sur y centro de las Galias. Aceptado este argumento, la utilización de un mensaje que incluyera el alfabeto griego como método de encriptación, puede parecer a primera vista algo no sólo seguro sino razonablemente aceptable. Siguiendo este hilo argumental incluso podríamos llegar a aceptar que el latín oculto bajo los caracteres griegos sería de difícil lectura y comprensión para pueblos tan alejados por la geografía y por la barrera idiomática.

Como teoría parece lógica, pero si raspamos un poco por debajo de ella pronto descubriremos que no aparta en modo alguno el riesgo de que el mensaje pudiera ser descifrado. En parte por lo ya expuesto en el apartado anterior acerca del uso del griego por la élite más instruida de los galos (algo que haría poco o nada aconsejable arriesgarse), pero, aun admitiendo las dificultades de comprensión que pudieran tener para ello por su alejamiento «*de la Provincia*» y su escaso contacto con la civilización romana, como dice César, cabe la posibilidad de prisioneros romanos fueran utilizados a modo de forzados traductores de la carta en cuestión. Recordemos a este respecto que soldados cautivos habían sido la fuente de información para ciertas técnicas de asedio que los belgas habían puesto en marcha alrededor del campamento de Q. Cicerón. Pero, admitiendo que un legionario no pudiera leer los caracteres griegos, si un cierto número de oficiales, que podían ser obligados a colaborar bajo amenaza de tortura.

Segunda hipótesis: la teoría de la doble encriptación. El alfabeto griego y el criptograma de César unidos. Otra posible respuesta a la paradoja que hemos enunciado antes sería que el mensaje de César no estuviera codificado tan fácilmente y que, además de estar transcrito en griego el mensaje original, hubiera sido compuesto siguiendo el célebre criptograma de César, un método de codificación por sustitución que nos ha llegado descrito por varias fuentes (Sheldon, 2005, pág. 127). De hecho, existe una fuente clásica que relaciona directamente el episodio del mensaje a Q. Cicerón y el cifrado de César, si bien con el hándicap de ser posterior en unos 200 años a los hechos que comenta, la del ya citado historiador Dión Casio que inserta este pasaje al tratar del episodio de la carta “griega” de César a los asediados:

Por lo demás, cuando hacía llegar a alguien un comunicado secreto, tenía la costumbre de emplear en lugar de la letra que correspondiese, la siguiente a aquella en cuarta posición, con objeto de que la misiva fuese ininteligible para la mayoría de la gente (*Historia*, XL, 9,3).

El llamado “criptograma de César” es un método suficientemente conocido como para detenernos aquí en detalle acerca de él. Tanto Suetonio como Aulo Gelio lo describen

suficientemente²⁵. Además, este último autor al tratar de la correspondencia de César cita una obra del gramático Probo con el nombre de *Acerca del oculto significado de letras escritas en las cartas de Cayo César (Noches áticas, XVII, 9,1)*. Lamentablemente de esta interesantísima obra sólo nos ha llegado el título. Existe también una breve referencia por parte de un autor del siglo IV al empleo por César, Augusto y Cicerón de cartas escritas “en clave” (Victor, *Ars Rethorica*, XVII, 5-10)²⁶.

De haber empleado César además de la transliteración en griego otro sistema de encriptación quedaría obviada la inconsistencia de enviar un mensaje cifrado en un territorio en el que el enemigo podría llegar a descifrarlo, aunque los codificadores del mundo moderno hayan considerado su sistema criptográfico demasiado sencillo y que proporcionaría «*poca o ninguna seguridad si nos atenemos a sistemas de criptografía actuales*» (Reinke, 1962, pág. 114). Pero aceptar que fuera empleado en el caso de la carta al campamento asediado plantea un inconveniente: Suetonio al describir el sistema de codificación tradicionalmente atribuido a César en su vida del “divino Julio” utiliza la expresión «*per notas scripsit*» (*Divus Iulius*, I, 56, 6), algo que el propio César, en sus *Commentarii*, no menciona en relación a la carta que nos ocupa. Hasta cierto punto, el hecho de que no lo cite (habiéndolo utilizado) mantiene cierta lógica, ya que sería posible aceptar que César no estuviera muy interesado en divulgar la existencia de un código secreto de su propia invención en unas memorias de guerra que todos podrían leer en Roma; y, por otra parte, tampoco nos informa que el destinatario (Q. Cicerón) tuviera problema alguno en entender rápidamente el contenido de la misiva, sin detenerse en labor alguna de desciframiento. Esta omisión podría considerarse un caso de “*argumentum ex silentio*,” aunque sin más pruebas que lo sostengan no nos llevaría muy lejos como explicación. Volviendo a la cita de Dión Casio, cabe en lo posible que éste simplemente uniera ambas cosas siguiendo un silogismo aparentemente lógico: El

²⁵ Las principales fuentes que explican el sistema criptográfico de César son: Suetonio al tratar de la vida del «*Divus Iulius*» (I, 56, 6), al tiempo que menciona la variante del sistema que se atribuía a Augusto (II, 88); y Aulo Gelio en sus *Noches áticas* (XVII, 9).

²⁶ Se hace evidente que el ambiente era proclive al uso de códigos en los mensajes que no deseaban que fueran leídos por ojos indiscretos. Nos es conocido que hacia el siglo I a.C. ya estaba operativa incluso una especie de taquigrafía que Plutarco atribuye a Cicerón en ocasión de la copia que se hizo de un discurso de Catón el joven (Plutarco, *Catón*, 23, 3-4).

conocía que César utilizaba un código criptográfico para enviar comunicaciones secretas. Es un hecho aceptado que envió a Q. Cicerón un mensaje secreto que no debía ser entendido por el enemigo, *ergo...* también utilizó en ese caso su sistema de encriptación además de recurrir al griego como garantía suplementaria. Como ejercicio de lógica aplicada no está mal, pero con la información documental de que disponemos por ahora no es posible establecerlo con firmeza sin dejar lugar a una duda razonable.

Tercera hipótesis: narrativa bélica versus comentarios geoetnográficos en César.

La crítica textual. Hemos dejado para el final la única opción que nos queda para explicar el contradictorio bucle al que nos llevan los datos de que disponemos y que no es otra sino la posibilidad de que ciertos fragmentos o pasajes de los *Commentarii* fueran añadidos posteriormente o que el propio César tomara ciertas informaciones de otros autores y que, al incluirlas explicaran esta contradicción en relación al uso del griego. Es un hecho bien conocido que «*todos los textos clásicos transmitidos por medio de la copia de manuscritos son vulnerables a incorporar añadidos en alguna medida*» (Riggsby, 2006, pág. 11) o, incluso, errores, podríamos decir. Las notas escritas en el margen por parte de un copista pueden ser añadidas como parte del texto en una copia posterior, convirtiéndolas en parte del “original”, y de muy difícil detección. En el caso de los *Comentarios sobre la Guerra de las Galias*, de César, existen una gran cantidad de manuscritos hasta la *editio princeps* de 1469, procediendo los más completos de los siglos IX a XII (Rice Holmes, 1914, pág. xii). Los estudios críticos acerca de los textos originales no coinciden en cuanto a qué pasajes podrían ser considerados añadidos *a posteriori*, si bien existe un cierto consenso en relación al hecho de que las digresiones de carácter geográfico/etnográfico que encontramos en la obra de César son de naturaleza diferente al resto de la narración (André/Hus, 1989, págs. 42-43). La cuestión es, sin embargo, compleja. Tradicionalmente asumimos que César escribe con la autoridad del que participa en los hechos que expone o del que, al menos, cuenta con la información suficiente de sus subordinados. A este respecto, «*uno puede asumir razonablemente que mucha de su información, tanto acerca de los germanos como de los galos, era indirecta o de segunda mano*» (Riggsby, 2006, pág.

67). Así pudo ocurrir con las listas de pueblos enemigos que cita unidas a datos precisos. Recordemos al respecto la primera vez que aparece la mención al griego en las tablillas halladas entre los helvecios (I, 29, 1-2) y en las que se pormenoriza con increíble detalle el número de gentes que habían salido de su territorio con mención del gentilicio. E igualmente podemos considerar que las amplias descripciones que hace de los galos en cuanto a sus costumbres, idiosincrasia, divisiones sociales o tipo de educación —rompiendo el hilo de su propia narrativa—, bien pudieran haber sido tomadas de informes o escritos de variada autoría consultados por César. A este respecto, el estudio comparativo que inserta en el libro VI (11-28) acerca de la Galia y la Germania, con el Rin como frontera “natural”, nos deja boquiabiertos —especialmente sobre esta última ya que César hizo dos incursiones bastante fugaces más allá del Rin—, al llegar al extremo de incluir un extenso comentario sobre la fauna local de los bosques germanos, un área con la que presumiblemente no llegaría a tener mucha familiaridad por su evidente peligrosidad. No deja de sorprendernos también cómo, tras estas digresiones, recupera la narración de la guerra. Así, en el caso que acabamos de citar, tras detallar la peculiar y en cierta manera extemporánea información del uso que se le da entre los germanos a la cornamenta de los “uros” (bóvidos salvajes semejantes al toro), da comienzo al siguiente párrafo, como si no hubiera habido interrupción alguna: «César, después que descubre por los exploradores ubios que los suevos se habían retirado...» (*G. Gal.*, VI, 19, 1). Sin embargo, su descripción del territorio germano (cuando se ocupa de los asuntos bélicos) es bastante escaso, lo que recientemente ha definido Christopher Krebs como «*geografía imaginaria*» (2006, pág. 112). Cualquier lector de su obra coincidirá en el hecho de que César no era un autor muy proclive a las elucubraciones: «*cuando ha asistido en persona a los acontecimientos (...) no explica más que lo esencial, pero con una precisión que tiene algo de pintoresco*» (Bayet, 1986 [1965], pág. 172). De ese modo, no han faltado voces que hayan visto en la obra de Posidonio (135-51, a.C.), el célebre filósofo y viajero del siglo I a.C., el origen de la información para los detallados *excursus* o digresiones geográficas y etnográficas de César (Bayet, 1985[1965]), pág. 170; André/Hus, 1989,

págs. 42, y Riggsby, 2006, pág. 47)²⁷. Aunque lamentablemente no han sobrevivido más que fragmentos de la amplia obra de Posidonio, sabemos, gracias a otros autores, que visitó muchos lugares en su tiempo y que, por ello, tenía un conocimiento directo de los pueblos incluidos en la llamada *Keltiké*. De ser esto cierto, al llevar a cabo la redacción final de su narración de la guerra gálica²⁸, cabe la posibilidad de que César hubiera incluido información suplementaria para convertir su obra no sólo en un relato bélico sino también en un estudio de los pueblos a los que se enfrentaba, v.g., germanos y galos. A ese respecto, Bickel, al tratar de su figura, nos ha dejado escrito que «*lo cierto es que César fue un político y no un investigador ni hombre de ciencia*» (Bickel, 2005 [1960], pág. 149).

Pero para que esta hipótesis funcionara, habría que asumir, como hace Rice Holmes (1914, pág. x) que César descuidó la corrección de la versión final de su obra, al no detectar la contradicción que suponía admitir que una parte (aunque fuera muy reducida) de la élite gala podía leer o entender el griego y a pesar de ello haber enviado un mensaje encriptado en ese alfabeto en territorio galo. Esta explicación basada en el “descuido” o falta de rigor de César, es, a nuestro entender, ir demasiado lejos, ya que *De Bello Gallico* además de ser sus memorias del conflicto era una obra de propaganda política para poner de manifiesto lo que César había hecho en beneficio de la República y, por tanto, difícilmente compatible con la idea del desinterés o negligencia por parte de su autor en la redacción final.

No carece de interés constatar que esos pasajes que pormenorizaban las diferentes tribus, su localización y sus peculiaridades culturales y etnográficas habían sido considerados de la autoría de César sin problemas hasta el siglo XIX. La aparición de la crítica textual, principalmente en Alemania, hizo que cambiaran las cosas. Las ediciones comentadas de *De Bello Gallico* por Heinrich Meusel y Alfred Klotz, en las primeras

²⁷ De las tres referencias citadas la que va más lejos sobre este particular es André/Hus: «*aunque esas digresiones las haya escrito él mismo, se ha contentado con plagiar a Posidonio sin tratar de comprenderlo o criticarlo*» (André/Hus, 1989, pág. 42).

²⁸ Queda sujeto a debate si los *Commentarii* fueron redactados por César año a año, al acabar cada campaña, o toda la obra en conjunto al finalizar la guerra gálica (Rice Holmes, 1914, pág. ix, y Bickel (2005[1960], págs. 148-149 y principalmente, André/Hus, 1989, págs. 35-36).

décadas del siglo XX, excluyeron los *excursus* geográficos y etnográficos de la obra como interpolaciones de época imperial (André/Hus, 1989, pág. 236). Sin embargo, hacia mediados de siglo, el profesor de Historia Antigua Frank Adcock, siguiendo el análisis estilístico y lingüístico del filólogo alemán Franz Beckmann, (cuyo estudio sobre la geografía y etnografía en César data de 1930) hizo lo que estuvo en su mano para volver a poner bajo la autoría de César las digresiones y fragmentos en discusión (Adcock, 1956, pág. 96-97) y, aunque admitiendo que pudo tomar información de autores griegos, defendió denodadamente que en algunos casos los supera e incluso llega a corregir errores gracias a su propia experiencia durante las operaciones militares (Adcock, 1956, pág. 98)²⁹.

En tiempos más recientes, Riggsby en su estudio *Caesar in Gaul and Rome. War in Words* (2006) sigue mencionando, como una posibilidad, la idea de que largos fragmentos de estas memorias de César sobre la guerra de las Galias hayan podido ser compuestos o insertados a modo de interpolaciones en el texto durante la antigüedad tardía, aunque sin tomar una posición definida (Riggsby, 2006, pág. 11). El debate está servido y sin solución clara por el momento. De ser aceptada esta hipótesis, los manuscritos medievales que poseemos de la obra de César —desde el s. IX— ya incorporarían estos fragmentos o digresiones como “texto original” y la contradicción o error aparente quedaría esclarecida. Pero, hoy por hoy esta posible opción sigue envuelta en la misma bruma que los bosques de Germania en tiempos de César.

A modo de epílogo.

Tanto si César fue consciente o no de que los galos podrían llegar a descifrar el griego del mensaje (y también el latín debajo de él) se arriesgó mucho enviándolo con tan pobre protección. No conocemos más que ligeramente el contenido de la carta, pero si en ella hubiera consignado información sobre su ruta de aproximación al campamento,

²⁹ Adcock se detiene especialmente en su análisis en la descripción específica que hace César de *Britannia* y de sus gentes señalando que «*la alta sociedad romana había comenzado a mostrar interés en lo que podía ser encontrado en Britannia, más allá del Canal*» (Adcock, 1956, pág. 98). Adcock fue, sin duda, un personaje curioso. Su conocimiento del alemán y sus privilegiadas dotes como traductor de lenguas clásicas hicieron que fuera reclutado en ambas guerras mundiales como descifrador de códigos enemigos.

podría haber comprometido su seguridad y la de sus hombres, de haber caído la misiva en manos enemigas. Pero lo que hubiera sorprendido enormemente a César, es que, casi veinte siglos después de la época en la que él vivió, se siguiera utilizando el griego clásico como código secreto en un contexto bélico. En 1857 durante el llamado “Gran Motín” de la India contra el dominio de los británicos, la ciudad de Lucknow, en el norte de ese vasto país, estuvo seis meses bajo un constante y férreo asedio. Uno de los oficiales ingleses pudo enviar un mensaje a través de un nativo (como hiciera Q. Cicerón) que, atravesando las líneas enemigas de noche, tuvo éxito en su misión de entregarlo al destacamento que se aproximaba en ayuda de los asediados, todavía a unos tres días de distancia. Y ese mensaje, que incluía un mapa y una detallada información acerca de donde se encontraba el reducto en el que resistían los asediados, así como valiosa información sobre las rutas de aproximación más practicables, estaba en buena medida escrito en griego antiguo como perfecta clave que lo haría incomprendible ante el enemigo, pero que sería claro como la luz del día para la mayoría de oficiales británicos de alta graduación³⁰ y con educación clásica (como la que se impartía en la Inglaterra victoriana en las llamadas “*public schools*” y en las universidades de renombre)³¹. Sabemos que el mensaje ‘encriptado’ de ese modo cumplió su función. Fue entendido sin complicaciones y contribuyó a facilitar el rescate que, finalmente, se produjo *in extremis*³².

También las cosas acabaron bien para la guarnición romana asediada. La veleidosa Fortuna estuvo, esta vez, claramente de parte de César y de su legado. El mensajero pasó el vallado exterior y pudo acercarse lo suficiente como para poder lanzar el arma al

³⁰ También aquí puede establecerse una analogía con la élite romana que recibía educación en griego.

³¹ Además de eso, desde 1809 los aspirantes a ocupar un puesto en el funcionariado civil de la *East India Company* para prestar servicio en la India, debían pasar por la escuela de Haileybury (en Hertfordshire). En su variado plan de estudios, además de lenguas orientales, se incluían tanto el latín como el griego. La escuela fue cerrada una vez sofocado el “Gran Motín”.

³² El relato de los acontecimientos narrados acerca de Lucknow y el uso de un mensaje en griego en un contexto de asedio han sido extraídos de la obra del coronel Malleon sobre el motín de la India (1889, III, págs. 305-306). En 2009 salió a la luz una carta del mismo oficial al que se refiere este episodio (John Inglis) escrita parcialmente en griego y referida al tiempo que podrían resistir reduciendo las raciones de comida que les quedaban en el asediado reducto. La noticia salió en el diario *Times of India* de 17 de agosto.

que iba unido el mensaje. Y la confianza en una pronta salvación, que se manifestó bajo la inesperada forma de unas “letras griegas”, inundó el campamento asediado, no siendo éste el menor de los objetivos conseguidos por César mientras se aproximaba a la mayor velocidad posible, pues, como dijo el gran escritor escocés Robert Louis Stevenson, también «la esperanza ha de tener de qué alimentarse».

Nota bene

No quisiera poner fin a este artículo sin expresar mi agradecimiento a Charo Marco por su preciosa ayuda en la aclaración de un fragmento en griego de Dión Casio, así como por sus valiosos comentarios tanto a medida que el artículo iba avanzando como después de leerlo en su formato final. A Eduardo Moner quisiera agradecerle sus interesantes sugerencias sobre el tema del artículo durante una amena tarde de conversación.

Y, por último, sería injusto por mi parte no mencionar aquí, también agradecido, dos valiosos recursos que facilitan enormemente el trabajo de búsqueda de referencias bibliográficas difíciles de encontrar, como no sea en bibliotecas muy especializadas; me refiero a esos regalos para la Humanidad en forma de bibliotecas digitales que son tanto *Internet Archive* para libros como el *Journal Storage* (JSTOR) para publicaciones periódicas.

Listas de referencias.

A. Referencias bibliográficas.

- Adcock, F. (1956). *Caesar as Man of Letters*. Cambridge: Cambridge University Press. Consultado en la página web de Internet Archive: <https://archive.org/details/caesarasmanoflet0000unse/page/n7/mode/2up>
- André, J.-M. y Hus, A. (1989). *La Historia en Roma*. Madrid. Siglo XXI editores.
- Balari y Jovany, J. (1997 [1875]). *Historia de la taquigrafía de los griegos y romanos publicada en la Revista Histórica Latina* (separata en edición facsímil). Valencia: Servicio de reproducción de libros de librerías Paris-Valencia.
- Bats, M. (2004). Grec et gallo-grec: Les graffites sur céramique aux sources de l'écriture en Gaule méridionale (II^e-I^{er} s. av. J.-C.). *Gallia*, 61, 7–20. <http://www.jstor.org/stable/43607825>
- Bayet, J. (1985 [1965]). *Literatura Latina*. Barcelona: Ariel.
- Bickel, E. (2005 [1960]). *Historia de la literatura romana*. Barcelona: RBA.
- Boardman, J. (1983 [1975]). *Los griegos en ultramar. Comercio y expansión colonial antes de la era clásica*. Madrid: Alianza Universidad.
- Cagniars, P. (2007) “The Late Republican Army (146-30 BC)” (Parte II: Mid and Late Republic, cap. 5), en Erdkamp, P., *A Companion to The Roman Army* (2007). Oxford: Blackwell Publishing Ltd.
- Dodge, T. A. (1900). *Caesar. A history of the art of war among the Romans down to the end of the Roman Empire, with a detailed account of the campaigns of Caius Julius Caesar*. Boston and New York: Houghton Mifflin Company. Consultado en la página web de Internet Archive: <https://archive.org/details/cu31924082446315/page/n11/mode/2up>
- Froude, J.A. (1898). *Caesar. A Sektch*. New York: Scribner's Sons.
- Goldsworthy, A. (2007). “War” (parte I: The Late Republic and The Principate, cap. 3, págs. 76-121), en P. Sabin, H. v. Wees y M. Witby (eds.), *The Cambridge History of Greek and Roman Warfare* (2007). Cambridge: Cambridge University Press.
- Grenier, A. (1970). *Les gaulois*. Paris: Payot.
- Kenyon, F.G. (1932). *Books and Readers in Ancient Greece and Rome*. Oxford: Clarendon Press.
- Krebs, C. B. (2006). “Imaginary Geography” in Caesar's “Bellum Gallicum.” *The American Journal of Philology*, 127(1), 111–136. <http://www.jstor.org/stable/3804926>
- Leighton, A.C. (1969). Secret Communication among the Greeks and Romans. *Technology and Culture*, 10(2), 139–154. <https://doi.org/10.2307/3101474>
- Livens, R. (1972). Who was Korisios? *Antiquity*, 46(181), 56-58. <https://doi.org/10.1017/S0003598X00104296>

Malleson, G.B. (ed.) (1889). *Kaye's and Malleson's History of The Indian Mutiny of 1857-1858*. Vol. III. (por el coronel Malleson). London: W.H. Allen and Co. Consultado en la página web de Internet Archive: <https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.35459/page/n3/mode/2up>

Marrou, H.-I. (1985[1971]). *Historia de la educación en la Antigüedad*. Madrid: Akal.

Martín Cerezo, S. (1946). *El sitio de Baler*. Madrid: Biblioteca Nueva.

McLeod, W. (1965). The Range of the Ancient Bow. *Phoenix*, 19(1), 1–14. <https://doi.org/10.2307/1086685>

Piggott, S. (1974). *The Druids*. Harmondsworth: Penguin books.

Reinke, E. C. (1962). Classical Cryptography. *The Classical Journal*, 58(3), 113–121. <http://www.jstor.org/stable/3295135>

Rice Holmes, T.

a. (1911). *Caesar's Conquest of Gaul*. Oxford: Clarendon Press. Consultado en la página web de Internet Archive: <https://archive.org/details/caesarsconquesto00holm/page/n5/mode/2up>

b. (1914). *C. Iuli Caesaris commentarii rerum in Gallia gestarum. VII*. Oxford: Clarendon Press. Consultado en la página web de Internet Archive: <https://archive.org/details/ciulicaesarisco00holmgoog/page/n8/mode/2up>

Riggsby, A. M. (2006). *Caesar in Gaul and Rome. War in Words*. Austin: University of Texas Press.

Sheldon, R.M. (2005). *Intelligence Activities in Ancient Rome*. London and New York: Routledge.

Wardman, A. (1976). *Rome's Debt to Greece*. London: Paul Elleck.

B. Referencias a fuentes clásicas.

César,

a) (2002) *Guerra de las Galias*. Libros I-II-III (Edición bilingüe. Traducción de V. García Yebra y H. Escolar Sobrino). Madrid: Gredos.

b) (1986) *Guerra de las Galias*. Libros IV-V-VI (Edición bilingüe. Traducción de V. García Yebra y H. Escolar Sobrino). Madrid: Gredos.

Dión Casio (2004). *Historia romana*. Libros XXXVI-XLV (traducción de María Luisa Puertas Castaños). Madrid: Gredos.

Estrabón (1992). *Geografía*. Libros III-IV (traducción de F. Piñero). Madrid: Gredos

Gelio, Aulo (2012). *Noches Áticas*. Libros XVII-XX (traducción de Amparo Gaos) México: UNAM

Heródoto (1989). *Historia*. Libro VIII (traducción de Carlos Schrader). Madrid: Gredos

Isidoro de Sevilla (2004). *Etimologías* (edición bilingüe, traducción de José Oroz y Manuel A. Marcos). Madrid: B.A.C.

Plutarco,

a) (2007) *Vidas Paralelas*. Vol. V: *Lisandro-Sila/Cimón-Lúculo/Nicias-Craso* (traducción de Cimón-Lúculo por David Hernández de la Fuente). Madrid: Gredos.

b) (2020) *Vidas paralelas*. Vol VIII: *Foción-Catón el joven/Demóstenes-Cicerón/Agis-Cleómenes/Tiberio-Gayo Graco* (traducción de Catón el joven por Carlos Alcalde Martín). Madrid: Gredos.

Polieno (1991). *Estratagemas* (traducción de Francisco Martín Garcia) en Eneas Táctico: Poliorcética y Polieno: Estratagemas. Madrid: Gredos.

Suetonio,

a) (1979). *The Lives of the Caesars*. Vol. I (traducción de J.C. Rolfe, edición bilingüe latín-inglés). Cambridge (Mass.): Harvard University Press. Consultado en la página web de Internet Archive:

<https://archive.org/details/suetonius01suet/page/n5/mode/2up>

b) (1992). *Vida de los doce Césares* (traducción de Rosa María Agudo). Madrid: Gredos.

Victor, Cayo Julio (1863). *Ars Rethorica*, en C. Halm (ed.) *Rhetores Latini Minores. XII* (págs. 371-448). Leipzig: Teubner. Consultado en la página web de Internet Archive: <https://archive.org/details/rhetoreslatinim01halmgoog/page/n4/mode/2up>